

M. Guizot

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN DE INGLATERRA

Hay dos opiniones de M. Guizot. He aquí la primera, si bien nosotros somos de la segunda.

I

M. Guizot—dicen sus adversarios—no es observador. No gusta del detalle ni de los acontecimientos en pequeño. Abandona las circunstancias distintivas y minuciosas que dan á la narración el relieve y el color. No es biógrafo, ni cronista, ni pintor de costumbres, ni aficionado á las anécdotas. Si conoce el Parlamento, el campo de batalla y la plaza pública, en cambio no conoce la cocina, ni la alcoba, ni el comedor, ni el gabinete. Si alguna vez se acerca á la precisión, jamás se da á ella. He aquí la llegada de Carlos II; comparad su narración con los documentos: «Al instante de poner el rey el pie en tierra, Monk se dirige á él con tanta humildad, que tenía el aire, según dice uno de sus panegiristas, de pedir perdón

más bien que de ir á rendir muestra de gratitud. Carlos lo abraza con deferencia filial y se expansiona de forma que es bien oído de los asistentes, testimoniándole el más afectuoso reconocimiento.» «El rey—dice M. de Bordeaux, testigo ocular—desembarcó el 4 de este mes en Doubrés. El general le recibió en la costa, de rodillas, y con todo el ejército. El rey le hizo todas las caricias que se pueden imaginar; le llamó su padre, y después que recibió el saludo de la nobleza, bajo un dosel, que se le había levantado, montó en una carroza, llevando á los costados á los duques de York y de Gloucester, que recibieron las mismas manifestaciones de respeto, al mismo tiempo y cubiertos.» Se ve la escena en las palabras de M. de Bordeaux, no se la ve en las de M. Guizot; es acaso poca cosa decir la «humildad» de Monk; ponerse de rodillas en tierra, sobre la playa, ante la mirada de sus soldados. Es poco decir la «deferencia filial» del rey, poner en sus labios las palabras sinceras y dichas por lo bajo, de llamar *mi padre* al amigo íntimo del asesino de su padre. Esta linda expresión del tiempo, *las caricias del rey!* este dosel, instrumento monárquico donde se instala el príncipe como en una caja, estos duques que permanecen cubiertos, todos estos rasgos del ministerial, nos transportan al siglo XVII; M. Guizot no nos transporta.—Un poco más adelante, añade: «Los dos oradores, el conde de Manchester y Sir Harbotlé Grinstone, dirigieron al rey discursos pomposos y triviales á la vez, los que transpiraban igualmente, á través de una elocuencia un poco pesada, el entusiasmo monárquico y el afecto á la religión y á las libertades del país.» Dad-

nos algún jirón de su discurso y nos reiremos y averiguaremos que fué llamado «gran rey, soberano temido, hijo de los sabios», profetizando los oradores «que sería el ejemplo de todos los reyes, por su piedad, su justicia, su prudencia y su poder; el más grande de los reyes que hubieron llevado nunca el nombre de Carlos, que sería, con justo título, el que recibiría de su pueblo una corona de corazones; que no podría dejar de ser el más feliz y el más coloso de los reyes del más feliz de los pueblos.» Esta necedad, herencia de muchos siglos monárquicos, se siente en las costumbres monárquicas y resuena en la literatura contemporánea, hija linfática y degenerada del último siglo. M. Guizot, evitando remarcar esta bobería, evita determinar la verdad.

Por esto, sus puritanos tienen poca vida. En ninguna parte nos deja ver estos rebaños de fanáticos, bandadas de locos desencadenados que formaran la parte débil, la ridiculez y la fuerza, á un tiempo mismo, de la Revolución. Comparemos uno de estos relatos, frase á frase, con el diario de Sir Tomas Burton: «Un sectario—dice M. Guizot—, James Nayler, soldado, primero, luego cuákero é insensato entre los insensatos, pretendía que Cristo, habiendo descendido de nuevo sobre la tierra, estaba encarnado en él; y á este título se entregaba á toda suerte de manifestaciones y de actos extravagantes y licenciosos; y seguíanle mujeres y vagabundos fanáticos, por todas partes, cantando sus alabanzas y casi adorándolo. Fué arrestado en Bristol y conducido á Londres, donde la Cámara, en vez de remitirle ante sus jueces or-

dinarios, se hizo informar ampliamente de lo que á él concernía, le mandó á su barra y decidió juzgarle.»— Ved qué preciosos detalles suprime; esto es descuidar deliberadamente la patología de la Revolución: «James Nayler, dicen las referencias de Sir T. Burton, permanece ordinariamente sentado en una poltrona, y su compañía, hombres y mujeres, se ponen de rodillas de cuando en cuando. Y cuando se cansan de estar así, se sientan en el suelo ante él, cantando estas palabras y otras diversas del mismo sentido: ¡Santo! ¡santo! ¡Oh, Todopoderoso! ¡Oh, gran Dios! ¡Gloria al Todopoderoso! He aquí lo que hacen habitualmente durante todo el día; pero el testigo jamás oyó cantar á Nayler, como á los otros. Dice también que hay un gran concurso de gentes detrás de Nayler, cuya mayor parte se arrodillan ante él al modo susodicho. Y Marta Simons, en la postura mencionada, canta: ¡He aquí el día feliz! ¡Mirad: el rey de la justicia ha llegado!... Y un miembro de la Cámara, estando últimamente en el departamento donde Nayler se hallaba prisionero, vió á éste y á sus compañeros, según informó á la Comisión, en la expresada postura y oyó á John Stranger y á una de las mujeres cantar: ¡Santo, santo, santo; Señor Dios! y ¡santo, santo, á ti, á ti, Señor Dios!, y mientras que John Strangers cantaba estas palabras, miraba unas veces hacia arriba y otras veces hacia James Nayler. Y, durante el último interrogatorio de Nayler, una tal Sara Blackbury vino á él, le tomó por la mano y le dijo: «Levántate, amor mío, paloma mía, hermosura mía, y vente. ¿Por qué permaneces sentado de esta forma entre las ollas?; y al mismo tiempo posó su boca sobre la mano de Nay-

ler y se postró ante él.» Una de sus fieles, Dorcas Erbury, que arroja su vestido ante él cuando atraviesa *Sommersetshire*, afirma que ella estuvo muerta dos días en la prisión de Exeter, y que Nayler, imponiéndola las manos, la había resucitado.—Nayler fué azotado, puësto en la picota y marcado en la lengua. Sufrió todo esto como un mártir y puso él mismo la lengua cuando el verdugo tomó el hierro enrojecido para horadársela. Sus discípulos estaban en torno de él llorando, cantando, hiriéndose el rostro, besándole los pies, leyendo sus plegarias.— No fueron estos solos en su error. Los hombres de la quinta Monarquía creían que Cristo iba á descender en persona á la tierra, para reinar mil años, teniendo á los santos como ministros. Los muggletonienses profesaban la creencia de que los «dos últimos profetas y mensajeros de Dios fueron John Reevé y Ludovico Muggleton». Fox corría con sus bombachos de cuero á predicar á Cromwell, sobre la luz interior. Una mujer entra en la capilla de Wittehall, completamente desnuda, estando presente el lord protector. Otra llega al Parlamento con una espada desenvainada y hiere á varios de los asistentes, diciendo que el Espíritu Santo le había inspirado la idea de matar á todos cuantos tenían asiento en la Cámara. ¿Hay que mencionar aún soldados cantores de salmos; doctores improvisados que arrojan con violencia al predicador de su púlpito y, espada al cinto, disertan sobre la justificación, produciendo allí jaculatorias «salvadoras»? Estos sucesos son los síntomas extremos de la gran enfermedad mental que hizo y perdió la Revolución de Ingla-

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
 BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA
 ALFONSO VIAL
 1900-1901
 1900-1901
 1900-1901

terra. M. Guizot evita estos pequeños detalles de verdad escandalosa. Son ellos, no obstante, los que distinguen una época de otra, los que marcan la especie y el grado de las pasiones dominantes, los que por su familiaridad producen la ilusión de que se vive en su tiempo y por su fuerza excitan el interés. La necedad, el fanatismo, la violencia, todas las cualidades morales son *grandezas*.

Ningún juicio, ninguna alabanza, ningún vituperio, ninguna frase de carácter general puede abarcarlas. Solamente los hechos circunstanciales y aislados expresan la cantidad; si se les omite no se presentan más que vagas aproximaciones. Pero en la Naturaleza están determinadas las magnitudes, y las obras de arte no pueden impresionarnos sino imitando á la Naturaleza. M. Guizot se priva, pues, de la fuerza, con la exactitud; sus narraciones no son demasiado precisas, ni demasiado sensacionales; su historia no es demasiado histórica ni demasiado popular. Por su obra no llega uno á creerse en Inglaterra, y una vez que se crea uno en ella, no se cree obligado á permanecer.

Con la curiosidad ha suprimido también allí la pasión. No tiene más que una sola entonación y un solo estilo. Siempre frío y grave, parece haber sido llevado fuera de la historia y estar mirando los acontecimientos sin afectarse por ellos. Ni palabras vivas, ni violentas requisitorias, ni expresivos elogios, ni incisivas burlas hay allí. No desciende al fondo de las almas, no participa de sus goces, de sus dolores, de sus encarnizados odios, de sus devociones

entusiastas, de sus movimientos de corazón; no se entrega, no es artista; al hablar de cuando Cromwell pasó á Irlanda, indica el número y la calidad de las personas que fueron víctimas allí de las matanzas, y eso es todo. Y, sin embargo, ¡qué bellas matanzas! ¡Qué gran ocasión para hacer penetrarse al lector del frío furor que conducía las espadas de los fanáticos! Dos mil hombres degollados en una noche sólo en Drogheda; todos los sacerdotes pasados por las armas; las mujeres y los niños asesinados con el resto de la población; los oficiales fusilados á sangre fría en todas partes; el obispo de Ross colgado por el cuello en hábito pontifical: la sangre llega á los ojos cuando se lee estas degollaciones; se respira el olor y la embriaguez de la carnicería; se oye la rumorosa exclamación que en el momento de dar el asalto brotó de los pechos puritanos; se ve á los sombríos picaderos de Cromwell, preparados la víspera por el ayuno, por los salmos, por la lectura sanguinaria del Antiguo Testamento. Si apenas podían contenerlos sus oficiales cuando percibían, aquéllos, en Inglaterra, la presencia de algún resto de catolicismo, una sobrepelelíz, una imagen de la Virgen; aquí, en Irlanda, país católico, yendo á él contra los papistas, adoradores de la gran bestia, enemigos del Señor, lavaban sus manos y triunfaban en la matanza, al modo de Josué y de Moisés, que exterminaron los pueblos de la Palestina, hombres, mujeres y niños, y hasta las bestias; á ejemplo de Ahod, que hendió las entrañas del rey moabita; á ejemplo de Samuel, que cortó á trozos á Agag; á ejemplo de David, que quemó á sus enemigos en

hornos de cocer ladrillos, y desgarraba á sus vencidos con rastros de hierro. Al cabo de treinta siglos, el mismo libro armaba al mismo fanatismo con el mismo cuchillo. M. Guizot descuidó este soberbio espectáculo; no intentó impresionar su ánimo por estas pasiones salvajes; analiza desde el punto de vista político la carta de Cromwell, y rehusa al pintor y al psicólogo el cuadro que demandan. ¿Consiente al menos despertar en su corazón las emociones pacíficas y humanas? ¿Hará sentir el ardiente deseo y el gozo loco con que el pueblo inglés llama de nuevo y recibe á los Estuardos? Copio su más animado trozo sobre esta cuestión, en el cual no hallo sino los detalles exteriores de una ceremonia: «Su viaje de Saint George's-Fields á Whitehall fué una continua ovación. Marchaba precedido y seguido por numerosos escuadrones de caballería municipal y voluntaria, con magníficos arneses. Las milicias de la Cité y de Wetsminster y las diversas corporaciones con sus banderas, formando á su paso por todas partes una cerca. Los *sheriffs*, los *aldermens* y todos los funcionarios municipales de la Cité, con una multitud de servidores con gran librea, se apiñan en torno suyo. El lord corregidor lleva ante él la espada, y van á su lado Monk y el duque de Buckingham. Cinco regimientos de caballería del ejército forman el cortejo. Las calles están alfombradas de verdura, las casas empavesadas de telas; las ventanas, los balcones y los tejados, ocupados por numerosísimos espectadores, hombres y mujeres, nobles y burgueses, en la más admirable pasividad; los cañones de la *Tour*, las campanas de las

iglesias, las músicas de los regimientos, las aclamaciones de la multitud, llenaban el aire de un ruido inmenso y alegre. «Yo estaba en el Strand—dice un testigo ocular—, y contemplaba tal espectáculo y bendecía por él á Dios.»

«Todo aquello se había hecho sin necesidad de verterse ni una sola gota de sangre, y por este mismo ejército, revuelto poco antes contra el rey. Tal era, en verdad, la obra del Señor, porque desde la vuelta de los judíos de la cautividad de Babilonia, ningún autor antiguo ni moderno ha referido una restauración así, y jamás esta nación había visto esplendor un día tan venturoso, de tal ventura que ningún político humano la podría proporcionar ni esperarsiquiera.» ¿Dónde se hallan los sentimientos de esta multitud? ¿Quién me podrá explicar las causas de su gozo? Quiero ver la pasión que ha impulsado estos acontecimientos, que ha derribado diez gobiernos, que ha vencido á los vencedores, que ha ido á buscar un fugitivo, un pordiosero, un proscrito, el hijo de un decapitado, para elevarlo por encima de todas las cabezas y para entregarle las libertades públicas, entre los respetos entusiastas de tres naciones. ¿Qué me muestran los recuerdos que agitan los corazones? Veinte años de guerras civiles, la ley destruida por sus restauradores, el Parlamento mutilado, cerrado, restablecido, dislocado, restablecido de nuevo; la antigua Constitución, inútilmente quebrantada é inútilmente reemplazada por tiranías pasajeras; el despotismo en el centro, la revuelta en los extremos, la justicia violada, la fuerza entronizada; la propiedad,

la libertad, la vida de los ciudadanos, sometida á los caprichos privados y públicos de un ejército fanático; la perspectiva de revoluciones incesantes, sin esperanza ninguna en la resistencia, ni seguridad en la obediencia: el pueblo que acudía á los caminos, que cubría las calles, que empavesaba las casas, que bebía alrededor de las hogueras de júbilo, veía retornar el orden, la ley, la seguridad y la paz, y los caballeros, arruinados por las confiscaciones, puestos en prisión por los mayores generales, tasados en la décima parte de sus rentas, sometidos á los arbitrios de los hijos de sus colonos, se consideraban triunfantes, rodeando á su joven monarca, hijo del rey mártir, bajo cuyas órdenes habían combatido, con el cual habían sufrido, por el cual, desde hacía doce años, rogaban todos los días; que les devolvería sus honores, mediante el cual remontarían al poder, y mediante cuyas manos conseguirían vengarse. Poned estos hechos en manos de un orador, de Makaulay, por ejemplo, que promueva el entusiasmo público. Al fin de una página participaréis de la embriaguez nacional, y comprenderéis la Revolución por la cual la habréis sentido. M. Guizot olvida que el talento más eficaz es la simpatía, que los grandes acontecimientos no son las acciones exteriores del hombre, sino los movimientos interiores del alma; que en fisiología, la lucidez es la emoción; que el lector no percibe los efectos morales que aun á él mismo le aprovechan de la lectura; que el historiador debe hacerse punto por punto puritano y realista, para pintar á los realistas y á los puritanos; que el corazón, lo mismo que la

inteligencia, es un obrero de la historia, y que para representar la vida humana, tan variada y tan compleja, necesita imponer á su talento todas las orientaciones y todos los tonos. Esto no es ser demasiado grave y sólido. Las tres cuartas partes de los hechos escapan á esta manera de narrar. Hay en la historia aventuras bufas, acontecimientos de cocinas, escenas de carnicería, de manicomio; comedias, farsas, odas, dramas y tragedias. Es necesario, pues, que el historiador sea ya alegre, ya sublime, ya trivial y ya terrible. Debe encerrar en sí cinco ó seis poetas; y no hay más que un escritor en M. Guizot... En todo caso, nosotros le reprocharemos el omitir las costumbres y la diversidad de hechos característicos; pero no obstante, le censuramos por suprimir la pasión y la diversidad de emociones interesantes. Lo encontramos falto de curiosidad, y falto asimismo de simpatía; y concluimos afirmando que por la omisión que hace respecto á las costumbres y por la falta de curiosidad, empequeñece á la historia y por la omisión que hace respecto á las pasiones, y por la falta de simpatía, empequeñece su talento.

II

La respuesta es fácil, y hela aquí: ¿Cuál es el objeto del libro? La Revolución de Inglaterra, es decir, la caída de cinco ó seis gobiernos sucesivos y el establecimiento definitivo de la libertad política. Es, pues, una historia política; y para hacerla bien, no

hay que hacer sino aquéllo. Un espíritu exacto no mezcla los géneros, y cuando se propone un fin, va derecho hacia él, sin detenerse en volverse atrás; si explica la sucesión de los gobiernos, no se le ocurre explicar otra cosa alguna. ¿Por qué Carlos I fué destronado? ¿Cómo Cromwell vino á ser jefe? ¿Por qué el protectorado no se pudo cambiar en reinado? ¿Por qué la República no pudo subsistir? Pues á estas cuestiones se atiende Guizot y no á otras, y si alguna vez se ocupa de otras es para resolver éstas. Si cita rasgos de costumbres, lo son de costumbres políticas. Si expone el nacimiento y los dogmas de sectas, es porque de asociaciones religiosas se convirtieron en políticas. Él no toma de cada materia sino lo que se refiere á su objeto, ni toma de cada historia sino lo que debe formar parte de la suya.

Le podréis censurar de no ser curioso, cuando en realidad le estaréis censurando el ser consecuente. Le vituperaréis por evitar las anécdotas salientes, siendo esto porque él ama la rigurosa unidad. Le acusaréis de haber suprimido en el proceso de James Nayler los detalles escandalosos y luminosos, que abultan los fanáticos, y es porque él no hizo la historia de los fanáticos. Si cuenta esta aventura es para mostrar un error del Parlamento, que se hace odioso usurpando el poder judicial y una argucia de Cromwell, que realiza tal usurpación, visible, para desacreditar el Parlamento. Tened presente que el primer placer y el primer deseo de un gran lógico es proponerse un fin único, tenerlo ante sí en cada página y en cada línea y llevarlo á ellas con toda su fuerza y

en cada uno de sus esfuerzos. Venís á atravesaros en su marcha, queriendo conducirle á través de una historia risueña, de una verdadera novela, á imitación de Walter Scott; le pedís que os pinte un campo puritano, una asamblea de cuáqueros y una taberna de caballeros, y él rechaza á los importunos y desconsiderados que le quieren guiar sin conocer el camino y que le hacen apartarse de su dirección, so pretexto de hacerle entrar en ella.

Considerémosle, pues, en su verdadero camino; es decir, en la historia política; en ella precisamente ha acogido lo mismo que le demandáis; esto es, las circunstancias que más impresionan, las palabras crudas, las frases auténticas. No ha permanecido, como Hume y Robertson, limitado en las explicaciones generales y en la narración indirecta; sino que ha escrito escenas novelescas, austeras, si se quiere, pero tan interesantes como una sesión del Parlamento ó del Consejo.

Nada más curioso en el género grave que la comedia sería mediante la cual Cromwell solicita y rechaza la corona. Las cartas de Thurloe dan por la tarde las impresiones de la mañana. Cromwell las responde, y en sus respuestas se ven las conjeturas, las dudas y las conversaciones del público. Los funcionarios públicos se convierten en peticionarios contra el restablecimiento de la Monarquía. Cromwell se admira de verles disentir y declara, con la sinceridad de un gran político, que él se paga poco del título, que «es cuestión de una pluma en el sombrero.»

Un poco después sobreviene el orador del Parlamento, con la petición esperada; asemejándose, según él mismo dice, «á un jardinero que cogiese flores en el jardín de su amo y compusiese con ellas un bouquet, ofrecía él á Su Alteza las que había cogido en el jardín del Parlamento.» Cromwell, recibiendo este bouquet parlamentario, hizo la arenga más obscura, más premiosa, más ininteligible y más hábil que se puede hacer; de tal modo, que nadie pudo encontrar en ella el menor indicio de la futura decisión de Cromwell.

El Parlamento, volviendo á la carga, le envió una vez y otra su bouquet, y Oliverio no cesó de manifestar escrúpulos. Celebráronse conferencias entre una y otra parte; los comisarios del Parlamento se esforzaban en convencerle, y el gran hombre de Estado expandía su corazón en conversaciones, confidencias, alusiones, cortando bruscamente sus pensamientos, enlazando de nuevo su discurso, descubriendo y ocultando, según los casos, lo que pensaba y lo que no pensaba; verdadero Tiberio, más hipócrita y más trivial que el otro; pero tan clarividente y tan dueño de sí mismo, que al instante de subir al trono se contiene y se limita á ocupar su asiento de protector. Estas idas y venidas, esta mano tan evidentemente tendida hacia el escepticismo y tantas veces retirada de esta dirección; estos debates del Parlamento, excitado ó apaciguado en secreto; estas maniobras infatigables y, por encima de todo, los rodeos de estos diálogos, retorcidos adrede, componen un pequeño drama, que parece frío al lector superficial y

muy vivo, al lector atento: esto no es otra cosa que la diplomacia en acción.—Con el arte, M. Guizot ha llevado allí la ciencia. Ha unido al interés, la verdad. En esto es un especialista y uno lo percibe así bien pronto. Para hacer una historia de la química, es necesario haber manejado las substancias químicas, y para hacer la historia de la política, es necesario haber manejado los negocios de Estado. Son éstas materias distintas que exigen también distintas prácticas. Un literato, un fisiólogo ó un artista, se encuentran fuera de su terreno propio cuando juzgan un tratado, una embajada ó una maniobra parlamentaria, la oportunidad de una convocatoria ó los efectos de una ley. No podrán decidir sino á tirones, por improvisación temeraria ó según las opiniones de otros; y si su juicio es original, carecerá del necesario crédito, y si tiene crédito no podrá ser original. En la obra de M. Guizot tenemos confianza y sentimos vivamente que debemos tenerla. Nada mejor expuesto ni mejor juzgado, por ejemplo, que las relaciones de Mazarino y de Cromwell. M. Guizot ha recogido con deleite todos los detalles de la correspondencia sostenida entre los dos personajes y á lo gran jugador de ajedrez, explica y admira la partida de dos famosos jugadores de ajedrez, y hace ver cómo se observan, cómo se espían, cómo se inquietan, cómo se arrojan el uno contra el otro y cómo á fuerza de estimarse el uno al otro acaban por obrar recíprocamente de un modo descubierto. «El arte supremo de los grandes políticos—dice—consiste en tratar los negocios sencillamente y con franqueza, cuando se reconocen como

rivales que no se dejarán intimidar ni engañar. Mazarino era capaz para esto y Cromwell le reducía casi siempre á proceder así; estaba establecido entre estos dos hombres un continuo cambio de concesiones y de resistencias, de servicios y de negativas, en el cual arriesgaban poco su éxito, porque se comprendían mutuamente, y no hubieran exigido el uno del otro aquello cuya negación les pudiera dañar más de lo que la concesión pudiera beneficiar al favorecido.» — Por encima de la exposición de los asuntos está la exposición de las causas. Por encima de las negociaciones de los gabinetes se hallan las revoluciones morales. Por encima de las torpezas y las habilidades de los jefes, se hallan las inclinaciones y las voluntades de los pueblos. M. Guizot, al tratar cada negocio importante, dirige su mirada hacia el pueblo, y con los documentos á la mano, muestra las vicisitudes de la opinión. Es la solidez misma y la experiencia, y al fin de su libro no hay nadie que no considere necesaria la Revolución y la Restauración.

Su gusto y su talento para tratar la historia política le imponen un tono dominante y un estilo único, pues tened presente que no se da uno su estilo al escribir historia, sino que se le proporcionan los hechos con los cuales se halla uno en comercio; y el estilo es grave si los hechos son graves. El historiador sufre sus repercusiones y repite sus asertos.—Os consideraréis pintores de costumbres, y entonces os interesáis en la variación de los sentimientos; describís los albergues, los cuerpos de guardia y las iglesias, y entonces estudiáis y medís las pasiones del año 1648.

Involuntariamente perdéis la gravedad y os sentís emocionados. Os hacéis curiosos y psicólogos, y notáis con burla ó con cólera las extravagancias, la locura y la energía de los sentimientos; os entregáis al estudio de la palabra, y podéis reír de Cromwell ó temblar con Bunyan. Ningún suceso oprime ni contrae vuestra frente, ni abruma vuestro cerebro; estáis como en un teatro. Cromwell es para vosotros un actor encargado por el acaso, ya que no por la Naturaleza, de poner ante vuestros ojos el movimiento de la máquina humana; y simpaticéis con él ó le silbéis, poco importa; viene la muerte que le tira por los pies afuera de la escena, dejando su sitio para otras tragedias y otros comediantes.—Os hacéis historiadores políticos, y al instante todo cambia. He aquí que sois ya políticos y serios. No consideraréis en los acontecimientos sino sus efectos generales y las reacciones que provocan, las cuales quebrantan ó afirman la prosperidad y la libertad de toda una nación. Os hallaréis con Cromwell á la cabeza de los negocios públicos, y en este puesto no se tiene permiso para conmovirse ni es ocasión de reír. Os halláis de continuo en el deber de juzgar los acontecimientos y de medir el valor moral de los hombres, y tenéis necesidad, para tal obra, de contar con toda vuestra sangre fría y toda vuestra atención. Sentís á cada instante que Inglaterra se os acerca y se os escapa, y que no estáis dispuesto ni á escribir un drama, ni una comedia, ni una novela. Que James Nayler se llame Cristo, y que el capellán de Cromwell hace de cortesano de la hija de Cromwell; accidentes bufos de la vida privada y del

fanatismo nacional, que no alterarán la serenidad sostenida del espíritu calculador que vaya, en este momento, examinando los accidentes de la Revolución que acaba y de la Restauración que comienza. Y esto fué lo que hizo M. Guizot, el cual, señor siempre de sí mismo, al escribir su historia, va marchando con paso igual, mesurado y firme, apropiando su estilo á su objeto. Político en la construcción de las frases como en la elección de los acontecimientos, y siempre austero. Macaulay escribió los asuntos á modo de orador. M. Guizot los trató á lo hombre de Estado, como ellos exigían.

Cromwell también era hombre de Estado, y sin embargo dudo que hubiera sabido escribir á su estilo la historia; y si M. Guizot la ha escrito, es porque posee otro talento: es filósofo. La filosofía de la historia fué su afición primera, y en ella empleó primeramente su actividad mental, y hoy lleva á la historia narrativa el talento que antes pusiera en la historia especulativa. Este talento no consiste en la improvisación arrancada de teorías sublimes, al modo alemán, sino en la colección lenta y completa de detalles innumerables, en la clasificación prudente y perpetua, en la separación metódica de altas ideas bien probadas y en la comprobación asidua de todas las vistas de conjunto; este arte de agrupar los hechos y de deducir de ellos las ideas generales, después de haber construido la *Historia de la civilización en Francia y en Europa*, ha construido la *Historia de la Revolución de Inglaterra*; ha dado al estilo un vigor extraordinario y cuando la ocasión se ha presentado en el

relato del despotismo de Carlos I, en el proceso de Strasford, del Rey, de lord Hamilton, de lord Cappel, ha producido trozos de una elocuencia admirable, tanto más conmovedora cuanto más contenida se halla, y que el historiador desvanece en ellos los acontecimientos mismos. Porque este es el orden, que da la fuerza. Cuando hechos semejantes vienen sin interrupción y con un movimiento creciente á herir todos un mismo punto de nuestra alma, nos abatimos bajo su continuidad y su vehemencia, y nos dejamos arrastrar por la corriente que ellas han formado. Un orden inviolable sostiene todas las partes de esta historia; cada página se subordina á su idea general; cada capítulo ó cada medio capítulo, reúne sus páginas bajo una conclusión única; cada tomo deja su impresión especial, y uno tiene el placer muy noble y muy puro de ver los hechos allí esparcidos cambiarse, sin violencia y por el solo efecto de sus afinidades mutuas, en un tejido continuo de sólidos razonamientos.

El espíritu filosófico, que enseña á agrupar las ideas, enseña también á dirigir las. La filosofía está en nuestro autor, en las ideas generales. Él las reúne, y las contrasta al instante y sin esfuerzo. No es como el hombre vulgar, que no las eleva sino para plegarse bajo su peso. Tiene la fuerza y usa de ella. Yo conozco pocas frases tan enérgicas como el siguiente pasaje, relativo al estado del partido presbiteriano (1643), y hay muchas frases semejantes: «Se aproximaba el momento en que los vicios interiores del partido hasta entonces dominante, la incoherencia de su composi-

ción, de sus principios, de sus propósitos, debían infaliblemente estallar. Cada día se veía forzado á marchar por caminos opuestos é intentar esfuerzos contrarios. Lo que solicitaba en la Iglesia lo rechazaba en el Estado; era necesario que, cambiando sin cesar de posición y de lenguaje, invocase uno tras otro los principios y las pasiones democráticas, contra los abusos; las máximas y las influencias monárquicas y aristocráticas, contra el naciente republicanismó. Era un espectáculo extraño el de ver á los mismos hombres demoler con una mano y construir al mismo tiempo con la otra; en tanto ensalzar las innovaciones, en tanto maldecir de los innovadores; alternativamente temerarios y tímidos, rebeldes y déspotas á la vez; persiguiendo á los obispos, á nombre de los derechos de la libertad, y á los independientes, á nombre de los derechos del Poder; abrogándose, en fin, el privilegio de insurrección y de tiranía, y declamando á cada instante contra la tiranía y la insurrección.» Hay en este vigor una especie de lujo; es una fuerza que triunfa y se despliega. A medida que avanza, M. Guizot se contiene. En los últimos volúmenes, escritos treinta años después que los otros, ha disminuído el color para precisar el dibujo. Ha considerado sus ideas generales en resúmenes breves, de los cuales cada palabra es todo un capítulo. Leed diez veces esta frase, y cada vez la encontraréis más bella, y á la décima no habréis aún saboreado todo su contenido: «Lejos de la corte, en las ciudades, en el seno de una burguesía laboriosa, en los campos, en casas de familias propietarias, de colonos y de labriegos, se

refugiarán el protestantismo ardiente y rígido, las costumbres severas y rudo espíritu de libertad, que no se inquieta ni por los obstáculos ni por las consecuencias; endureciendo á los hombres para sí mismos, como respecto á sus enemigos, y haciéndoles desdeñar los males que sufren ó que infligen, con tal de que cumplieran su deber y satisficieran su pasión, manteniéndose en su derecho. La Restauración dejó entrever apenas sus tendencias, y ya los puritanos se revolieron contra ella, despreciados y esperando que fuesen proscritos, pero apasionadamente devotos, á todo riesgo, y sin tener para nada en cuenta la salida, al servicio de su fe y de su causa; sectarios feroces y con frecuencia facciosos; pero defensores y mártires de la religión protestante, de la austeridad moral y de las libertades de su país.» No existe hoy un estilo ni un espíritu de este temple. Para encontrarle semejante, será necesario elevarse hasta Tucídides ó hasta Maquiavelo.

El último efecto del espíritu filosófico es la grandeza. Las ideas generales son como un trono, desde donde con una mirada tranquila, el filósofo, colocado por encima de los otros hombres, ve desfilar el cortejo de los acontecimientos. Él les impone leyes, parece su señor. Va delante, y saliendo de la historia particular que relata, abraza la historia universal que no relata. Halla lecciones que enseñar á todos los hombres, y se hace moralista entre dos acontecimientos: «Cuando las revoluciones penden hacia su declinación, es una triste, pero gran enseñanza el espectáculo de los descontentos y de las

angustias de sus jefes, por mucho tiempo poderosos y triunfantes; pero llegados al fin al día en que, por una justa reacción de sus faltas, su imperio se desvanece, sin que su obstinación se esclarezca ó sea vencida; divididos entre ellos como cómplices convertidos en rivales; detestados como opresores, desacreditados como pensadores, heridos á la vez de impotencia y una amarga sorpresa, se indignan contra su país, que acusan de desconsiderado é ingrato, y se abaten bajo la mano de Dios, sin llegar á reconocer sus golpes.» Este tono es propio de un Bossuet protestante. M. Guizot se expresa así naturalmente y sin esfuerzo. A algunos les chocará acaso que los axiomas definitivos no sean verdaderos más que en matemáticas; y á menos de ser profetas, no se debe hacer intervenir á Dios en en los asuntos humanos. Otras frases hay allí tan grandes que superan las objeciones y arrebatan desde luego; la crítica no tiene tiempo de aparecer ante ellas. Si después del primer entusiasmo ella procura atacarlas, se deshace contra su solidez majestuosa; son como estatuas de dioses talladas en puro granito. He aquí una que me parece sublime, por la potencia de su estructura y por la alteza de su verdad. Se trata del momento en que nació la secta razonable de los independientes, y en que parece que la nación se desliza sobre un plano inclinado, como un navío que se bota y que va á flotar sobre la mar y atravesarla: «Se hallaba Inglaterra en una de esas crisis gloriosas y formidables, en que el hombre olvida su debilidad para no recordar sino su dignidad, en la sublime ambición de no obedecer sino á la

verdad pura, y en el loco orgullo de atribuir á la opinión todos los derechos de la verdad.» Hay aquí como un canto amplio y apasionado. Es la poesía filosófica y protestante, pero no importa: la emoción es tanto más bella cuanto más ha atravesado, como aquí, la doble coraza de la lógica y de la fe.

¿Ni curioso ni artista, se dice? Acaso; pero es político y filósofo, y en una historia política y filosófica no se podrá conseguir nada mejor.